

A ISIDRO QUE, PARADO E IMPOTENTE ANTE LA CRISIS ACTUAL, ESTÁ CAYENDO EN LA DESESPERACIÓN

Querido Isidro:

Es cierto que algunos hechos actuales nos preocupan a todos: la situación laboral, caminando hacia los seis millones de parados; la situación económica, con una deuda intolerable; la familiar, con la quiebra del matrimonio y la baja tasa de natalidad; la política, con la corrupción en las instituciones; la jurídica, con la falta de independencia; la cultural, con la plaga del relativismo...

Todo esto metido con calzador por la dictadura de la ideología laicista, disimulado con el retorcimiento de las palabras y tolerado mansamente por una mayoría del pueblo.

Comprendo que los que tenéis que sufrir en primera persona las consecuencias de esta locura os encontréis en situación desesperada. Lo entiendo y lo respeto.

Pero... querido Isidro, todos debemos buscar remedios para las dificultades.

Los hombres de buena voluntad han de ofertar soluciones eficaces y urgentes.

No seríamos justos si no reconociéramos, valoráramos y agradeciéramos los múltiples esfuerzos que desde diversas instancias se están haciendo para superar la crisis. La Iglesia católica también se moja y se compromete. Ahí tienes el ejemplo de Cáritas y demás grupos caritativo-sociales de los movimientos, comunidades y parroquias.

Como tengo confianza contigo, quiero ofrecerte, además, otras soluciones que, comprobadas por la experiencia histórica, sabemos que dan buen resultado porque sanan las raíces mismas del problema. Tienen que ver con Dios y con la fe. Verás.

El Concilio Vaticano II dijo que: *“todo hombre resulta para sí mismo un problema no resuelto, percibido con cierta oscuridad... A este problema sólo Dios da la respuesta plena y totalmente cierta”*.

Juan Pablo II escribió: *“Corresponde (a los fieles laicos) testificar cómo la fe cristiana –más o menos conscientemente percibida e invocada por todos- constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y a cada sociedad. Esto será posible si los fieles laicos saben superar en ellos mismos la fractura entre el Evangelio y la vida, recomponiendo en su vida familiar cotidiana, en el trabajo y en la sociedad, esa unidad de vida que en el Evangelio encuentra inspiración y fuerza para realizarse en plenitud”*.

Desde este ámbito te ofrezco tres soluciones para superar esta crisis:

1 – Es necesario volver a Dios

Bien sabemos por la Escritura que si los hombres se olvidan de Dios los enemigos vendrán, atacarán y vencerán.

Cuando Adán y Eva desobedecieron a Dios se abrió el portillo de las desgracias, fueron expulsados del paraíso y habitaron en un valle de lágrimas.

El Concilio Vaticano II ha dicho que los hombres de hoy *“vivimos como si Dios no existiera”*. ¿No estará aquí una de las causas principales de la crisis?

¿Por qué, amigo Isidro, no volvemos los ojos hacia Dios, le preguntamos por nuestra crisis y le pedimos ayuda?

Jesús nos dijo: *“Sin mi no podéis hacer nada”*. ¿Preferimos ignorar estas palabras y encontrar la salida de la crisis sin contar con El? Mal camino hemos escogido.

2 – Es necesario confesar los pecados

Por la historia bíblica, también sabemos que el pueblo de Dios fue deportado a Babilonia cuando, olvidándose de su Dios, se entregó a la idolatría. En el destierro, lejos de su tierra, de su ciudad y de su templo clama a Dios y este responde con la voz de los profetas. ¿Qué predicaban los profetas del exilio? Piden al pueblo que se convierta, es decir, que reconozca sus pecados y pida perdón a Dios.

Recordando la tragedia de la torre de Siloé, Jesús dijo: *“Si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo”*.

Isidro: ¿Por qué no escuchar hoy la voz de los profetas, la voz de Jesús?

Jesús, obediente a su Padre, se encarnó para cumplir una misión de salvación como había anunciado su primo Juan: *“He aquí el Cordero de Dios que viene a quitar el pecado del mundo”*. Efectivamente, nada más pasar por la muerte y la resurrección, Jesús instituyó el sacramento de la Confesión: *“Recibid el Espíritu Santo, a quienes perdonéis los pecados, yo se los perdono”*. Fue su regalo de Pascua.

Pero resulta que ahora nosotros, atravesando una tremenda crisis que nos acobarda, buscamos soluciones en todas partes menos en el confesionario. No es extraño que, alejados del amor y del perdón de Dios, estemos enredados, como en una telaraña, en todas las culpas y pecados que nos esclavizan y nos van asfixiando poco a poco.

3 – Es necesario conocer y practicar la Doctrina Social de la Iglesia

Seguimos con el texto bíblico en la mano. Cuando los israelitas reconocieron sus pecados en Babilonia, el Señor les permitió de nuevo volver a su tierra y a su ciudad dejando atrás el exilio. ¿Qué hicieron los deportados al llegar de nuevo a la ciudad santa, a Jerusalén? Restauraron la ciudad y el templo que había sido profanado.

Creo que también ahora, en pleno siglo XXI, los cristianos liberados del pecado, debemos restaurar nuestras vidas y nuestras familias con las piedras sagradas de la Doctrina Social de la Iglesia. La ciudad y el templo así restaurados acogerán a nuestros amigos con paz, alegría y seguridad. Sus murallas serán inexpugnables para los enemigos.

En la Doctrina Social de la Iglesia, querido Isidro, tenemos un tesoro; un tesoro que se nos ha regalado donde se encuentran las respuestas adecuadas a toda nuestra problemática personal, familiar o social.

La Doctrina Social de la Iglesia no es solamente fruto de la sabiduría de hombres sabios y de santos; está inspirada por el Espíritu Santo. Podemos, y debemos, fiarnos plenamente de ella.

Querido Isidro:

¿No hay remedios para salir de esta crisis?

¿Por qué no vas a beber de esta fuente de la que mana permanentemente el amor de Dios, el perdón de los pecados y la sabiduría eterna?

No puedes decir: “*No sé que hacer*”, porque Dios, en la Biblia y en la Doctrina Social de la Iglesia, te ofrece la respuesta.

No puedes decir: “*No puedo hacer nada*”, porque el Señor en la confesión te concede la paz, la alegría y la fe para mover montañas.

No puedes decir “*Estoy sólo ante la crisis*”, porque Dios te acompaña siempre; no olvides las palabras del Salmo: “*Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque Tú vas conmigo, tu vara y tu cayado me sosiegan*”.

Un abrazo y que Dios te bendiga

Florentino Gutiérrez, Sacerdote. www.semillacristiana.com

Salamanca, 1 de mayo de 2012